

Fallecimiento del Dr. Francisco Maglio

(24 de abril de 1935 – 16 de mayo de 2017)

Doctor en Medicina
Diplomado en Salud Pública y Especialista en Enfermedades Infecciosas
Jefe de Terapia Intensiva del Hospital “Francisco J. Muñiz”
Profesor Titular de la Maestría de Ética en Investigación de la UAI
Presidente de la Sociedad Argentina de Medicina Antropológica
Doctor Honoris Causa de la UNER
Miembro de Honor de la Sociedad Argentina de Terapia Intensiva

Querido Paco,

Nos conocimos hace 42 años, cuando te apareciste desde tu apreciado Hospital Muñiz en la residencia de Clínica Médica del Hospital Fernández, que compartíamos con nuestro querido Daniel Ceraso. Venías por las tardes como consultor de Infectología de la residencia. A veces lo hacías con tus hijas, Tuti y Paula, que esperaban, pacientemente sentadas en un banco de la sala, que te presentáramos nuestros pacientes.

Rápidamente, te transformaste, no solo en nuestro interlocutor sino en nuestro maestro por tu facilidad para establecer vínculos afectivos y tu enorme conocimiento infectológico. Al poco tiempo eras uno más entre nosotros y nosotros nos sentíamos incorporados a tu entorno. Me parece que allí comenzó mi (nuestra, como el “yo plural” del Poema de los Dones de Borges) admiración por lo que significabas como modelo de profesional de la medicina.

En una de las tantas ocasiones en las que tuve que hablar de mis maestros, donde vos liderabas la lista, comentaba que un maestro no es solo quien enseña una ciencia, un arte o un oficio, sino fundamentalmente el que guía, el que enseña el camino.

Nada más cercano a tus enseñanzas que lo que decía José Martí, sobre los maestros ambulantes y es que “debían llevar no sólo explicaciones...; sino la ternura, que hace tanta falta y tanto bien a los hombres”, complementado por Gregorio Marañón quien enfatizaba que: “El profesor sabe y enseña. El maestro sabe, enseña y ama. Y sabe que el amor está por encima del saber, y que sólo se aprende de verdad lo que se enseña con amor”.

Tuve (tuvimos, otra vez el yo plural, en este caso de muchos profesionales del equipo de salud de mi generación y de las siguientes) la oportunidad de escucharte, casi con fervor religioso, cada vez que participabas en actividades científicas vinculadas con la sepsis. Era admirable reconocer como cautivabas al auditorio con tu sabiduría y tu claridad intelectual, siempre con una

sonrisa. Llegó un momento en que me parecía que podía anticipar lo que ibas a decir, porque ya te lo había escuchado tantas veces antes, pero siempre aportabas algo nuevo que me maravillaba como la primera vez. Fuiste siempre muy generoso con todos nosotros en cuanto a tus conocimientos. Querías que realmente aprendiéramos medicina crítica y estoy convencido de que lo lograste con creces.

Coincidimos en la actividad pública como funcionarios de la MCBA, con la que nos sentíamos comprometidos. Tuviste a Lucas, que tiene la misma edad que mi hijo mayor. Compartimos actividades con el equipo de la “Terapia Intensiva del Hospital Muñiz”. Permitime recordarlos a todos a través del Toto Enrico y de Jorge San Juan.

Un día, conversando en Quintino (tu casa de siempre) con vos y Adelita, nos dijiste que ibas a dejar la infectología. Primero no te lo creímos, creo que por el miedo que nos generaba la pérdida de tu liderazgo, pero luego comprendimos que tu decisión, como muchas otras decisiones de tu vida, había sido largamente meditada.

Fue cuando decidiste jubilarte. A partir de allí, dedicaste toda tu actividad a jerarquizar los aspectos humanos que la buena medicina debe contemplar. Edmund Pellegrino decía que “la medicina es la más humana de las ciencias y la más científica de las humanidades” y vos nos fuiste guiando en nuestra actividad a ser cada vez mejores médicos y mejores personas.

El romano Escribonio Largo, en el siglo I de nuestra era, definía al médico como un “vir bonus medendi peritusplenus misericordia et humanitas”, una buena persona, experto en el arte de cuidar, pleno de misericordia y humanidad. Vos nos enseñaste la diferencia entre la “teckné” y el “medeos”, entre el interrogatorio y el “escuchatorio”, la importancia de reconocer la dignidad del otro, a aprender de los pacientes y tantas otras que quedaron grabadas a fuego en nosotros. Nos revelaste que “yo no soy el otro, pero no puedo ser sin

el otro”, como diría Levinas. Cada vez que releo tus libros me parece que escucho tu voz, que veo tus gestos y, sobre todo, que me acompaña tu mirada amistosa y bonachona.

Recuerdo con mucha nostalgia, cuando organizábamos alguna actividad en tu escritorio de Quintino, escoltados por tus objetos queridos, con la compañía de Adelita e intercambiando una copa de licor, vos ginebra y yo pernaud. En muchas oportunidades fui testigo de las invitaciones que te hacían para disertar en algunos lugares de los más recónditos que vos aceptabas con la misma generosidad y naturalidad que si te hubieran llamado para dar una charla en la Sorbona.

Compartiste con nosotros en Fundación Trauma una actividad que desarrollaste, en conjunto con un fiel y dignísimo representante de la dinastía Maglio, en este caso en las ciencias jurídicas, Ignacio “Nacho Maglio”. Recorrían los hospitales para ayudarnos a difundir la importancia de la atención del equipo de salud basada en el paciente y su familia. Fue maravilloso comprobar que tu capacidad de convocatoria y tu liderazgo se mantenían intactos.

Nos enseñaste a darle un sentido a nuestra vida profesional y personal y nos hiciste reflexionar en la muerte, en su proceso y en su acompañamiento. Montaigne decía que “filosofar es aprender a morir” y así fuiste planeando cómo una “muerte digna” es solo (y, nada menos que) el fin de una vida digna. Dejaste tus directivas anticipadas y fuiste tan coherente en tus últimos momentos que Juan Videla, tu médico, me decía que se sentía con vos como “un colaborador”. Te fuiste acompañado de los tuyos y con el recuerdo de todos nosotros.

Me recordó mucho a como Raymond Carver, relata la muerte de Chejov (médico, como nosotros que falleció de tuberculosis a los cuarenta años). “Su médico el Dr. Schwöhrer le ofreció una copa de champagne, Chejov... se llevó la copa a los labios y bebió. Hacía tanto tiempo que no bebía champán”. Uno o dos minutos después, Olga le retiró la copa vacía de la mano... Chejov se dio vuelta en la cama y se quedó tendido de lado. Cerró los ojos y suspiró. Un minuto después dejó de respirar. Olga... se sentó en un taburete y cogió su mano. De cuando en cuando le acariciaba la cara. “No se oían voces humanas, ni sonidos cotidianos. Solo existía la belleza, la paz y la grandeza de la muerte”.

Vamos a extrañar tu presencia física, pero vas a estar permanentemente en nuestro recuerdo y en nuestras convicciones que fueron tuyas pero que compartiste generosamente con nosotros.

Dice Philippe Claudel, “muerto Eugene, comprendí hasta que punto nuestra amistad era una amistad de palabras y como, durante años, esas palabras intercambiadas habían representado para mí el armazón de la casa que todos intentamos construir con esfuerzo y paciencia y que se llama vida. La muerte de Eugene interrumpió la obra. Si bien algunas habitaciones están acabadas y me gustan, otras muchas necesitan trabajos más o menos importantes o se encuentran todavía en boceto en la mesa del arquitecto”.

Hasta que nos veamos de vuelta. Con la zurda, que es la del corazón, como diría Pichuco.

Jorge Neira
Ex Presidente SATI